

ANÁLISIS DEL TIEMPO FICCIONAL DE LA MASACRE DE LAS BANANERAS EN
LA CASA GRANDE DE ÀLVARO CEPEDA SAMUDIO

Presentada por:

Pabla Andrea Perdomo Dussán

Leidy Andrea Rojas Gutiérrez

Asesorada por:

Betuel Bonilla Rojas

Monografía de grado:

Presentada como requisito para optar al título de

Licenciada en Lengua Castellana

En la Facultad de Educación

Universidad Surcolombiana

Neiva

2017

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	3
1. RECONSTRUCCIÓN DEL TIEMPO REAL DE LOS HECHOS OCURRIDOS EN LA MASACRE DE LA BANANERAS	5
2. ANÁLISIS DEL TIEMPO FICCIONAL EN <i>LA CASA GRANDE</i>	16
2.1 Lógica del tiempo del relato en <i>La casa grande</i>	33
3. DE LA REALIDAD A LA FICCIÓN EN <i>LA CASA GRANDE</i>	37
CONCLUSIONES	48
BIBLIOGRAFIA	50

INTRODUCCIÓN

Esta monografía busca poner en evidencia como la novela *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio, a través de la polifonía de voces y la ruptura de tiempo logra ficcionalmente dar a conocer los hechos sucedidos durante la Masacre de la Bananeras, teniendo en cuenta los diversos puntos de vista que no se revelaron en la historia oficial, lo que se constata a la hora de hacer la relación entre lo real y lo ficcional.

En el primer capítulo del trabajo se destacan los hechos ocurridos desde la llegada de la empresa Unite Fruit Company hasta unos pocos días después de la Masacre, usando como referencia relatos de personas que corroboran lo sucedido gracias a su participación activa en la Masacre de las Bananeras, testimonios reunidos en el libro *Sobrevivientes de las bananeras*, de Carlos Arango, uno de los trabajos que más ha profundizado en dicho tema.

En el segundo apartado se elabora un análisis de cada capítulo de la novela. Para esta parte se tiene en cuenta la teoría propuesta por Gérard Genette para lograr identificar los saltos de tiempos presentes en cada capítulo. Se resaltan los datos más importantes que revelan el tiempo en *La casa grande*, permitiendo la elaboración de las conclusiones expuestas en la tercera parte. Al final del capítulo, se reconstruye el tiempo del relato, ubicando los acontecimientos ficcionales de la novela que posibilitan ubicar los hechos en un orden cronológico. Además, al inicio de esta segunda parte se resalta la importancia de las técnicas narrativas presentes en la novela, las cuales la reconocen dentro del concepto de nueva novela planteado por Seymour Menton.

Con lo obtenido en los dos primeros capítulos se logró construir un tercero, en el que se realiza un análisis de los personajes y la comparación entre el tiempo del relato de la novela y el tiempo de la historia real. Entre las conclusiones se resalta el motivo por el cual Cepeda Samudio decide romper con el orden del tiempo, mostrando los hechos desde distintos narradores y las similitudes de lo ficcional con lo real.

CAPÍTULO 1. RECONSTRUCCIÓN DEL TIEMPO REAL DE LOS HECHOS OCURRIDOS EN LA MASACRE DE LA BANANERAS

Este primer capítulo recoge los acontecimientos ocurridos durante la Masacre de las Bananeras, contados por las voces de las personas que sufrieron por las imposiciones de la compañía bananera Unit Fruit Company. Para su elaboración, se tuvo como fuente primaria la investigación periodística de Carlos Arango presenta en su libro *Sobrevivientes de las bananeras*¹ de donde serán tomados los datos para la elaboración detallada de los acontecimientos presentados, los cuales serán expuestos desde la llegada de la Unit Fruit Company hasta lo ocurrido días después de la Masacre.

En el año de 1899 se funda la mayor firma multinacional estadounidense bananera con el nombre de Unit Fruit Company. Esta multinacional fue creada por Lorenzo Baker, Minor Keith y Andrew Preston, quienes contaban con cierta experiencia sobre la comercialización y producción del banano. Para el año 1887, debido a que el desarrollo de “la producción bananera estuvo relacionado con la construcción ferroviaria”(Brungardt, 1995), se introduce a Colombia el banano Gros Michel, muy apetecido y demandado luego de terminada la red ferroviaria entre Santa Marta y Ciénaga.

¹Premio de periodismo Simón Bolívar en 1979. El libro contiene varios relatos de personajes reales que presenciaron desde algún ángulo la Masacre de la Bananeras y la biografía de Raúl Eduardo Mahecha, uno de los principales dirigentes de la Huelga de las Bananeras, fundador del Partido Socialista Revolucionario y de la Unión Sindical Obrera de Barrancabermeja. Hasta la fecha, es quizás el documento más confiable en la materia, dado que el episodio, si bien se ha friccionado en novelas y cuentos colombianos, no tiene en verdad muchos registros desde el discurso histórico.

Al finalizar el año 1900, la Unit Fruit Company publica su primer informe, en el que registra que “la compañía tenía a su cargo 250.000 acres entre países como Colombia, Cuba, Costa Rica, República Dominicana, Honduras y Nicaragua”. Por consiguiente, Colombia se vio enfrentada, entonces, a una gran multinacional que se consolidó de manera rápida y eficaz en la producción del banano dentro del país. Con el esplendor de la multinacional, desde 1900, muchos campesinos fueron atraídos para trabajar en la compañía bananera. Algunos ni siquiera vivían en los territorios donde se hallaban los cultivos bananeros, desplazándose desde el Magdalena y otros departamentos hasta las fincas de la Unit con el fin de encontrar un empleo, fenómeno en el que testimonia el tránsito de la premodernidad rural a la modernidad urbana. A finales de 1906, la compañía contaba con 15.000 trabajadores.

Los relatos de los trabajadores que testifican las características labores a las que eran sometidos, según lo refiere Arango (1985) se sintetizan en: su horario de trabajo comenzaba regularmente a las seis de la mañana y terminaba a las once de la noche, realizándose en jornada continua porque así lo exigía la compañía. Estos trabajadores eran los encargados de escoger la fruta que iba para los EE. UU y la que se quedaba para la venta interna. De forma similar se manejaba el personal de irrigaciones, quienes cumplían turnos de seis a once de la mañana, de una a cinco de la tarde y de seis de la tarde hasta el día siguiente. Los trabajadores entrevistados por Arango (1985) confirman que este trabajo se debía realizar con frecuencia porque la compañía tenía decenas de fincas que requerían una permanente irrigación. Para el caso de los recolectores, su trabajo consistía en recoger la fruta cortada y trasladarla al carrero para llevarla hasta la estación del ferrocarril, luego era recibida por los braceros, por lo que cada una de las locomotoras tenía una cuadrilla de obreros braceros

que sólo regresaban a su casa, en épocas de corte, el día sábado por la mañana. Según algunos de los trabajadores, había en toda la zona catorce locomotoras con más de treinta vagones que llevaban el banano hasta Santa Marta, de donde se embarcaba para el extranjero.

Caso contrario a las anteriores labores eran las del contratista, porque eran parte del personal especializado que tenía la United, encargados de buscar mano de obra en otras regiones del país, especialmente cuando estaba escasa en la Costa. Estos, por consiguiente, eran los mediadores entre la multinacional y los trabajadores, con el fin de que la Unit Fruit Company no tuviera un trato directo con los empleados, para así evitar “la responsabilidad de acatar la legislación laboral existente, librándose de cumplir con los requisitos de vivienda y de pagar el seguro colectivo”(Brungardt, 1995).

De igual forma, otro problema grave presentado por parte de la multinacional que denuncian los trabajadores entrevistados por Arango (1985) era el de la salud. Muchos de los obreros resultaban heridos por cortaduras con el machete o eran mordidos por serpientes, muriendo en muchos casos, pues sacarlos de las montañas y llevarlos hasta donde se les pudiera curar era difícil. En los casos en que se lograba sacarlos de las plantaciones

los heridos eran atendidos por simples practicantes pues los médicos iban al dispensario apenas una vez por semana. Si el herido tenía forma, compraba los remedios; si no, tenía que ir al dispensario de Santa Marta (...) en cambio cuando se enfermaba algún empleado de confianza de la compañía, no solo

tenía médico en donde fuera, sino que los remedios los pedían por teléfono a Santa Marta (...) Todo esto a pesar de que la compañía les descontaba el dos por ciento del salario para el sostenimiento del hospital (Arango, 1985, p. 43).

Otro tema conflictivo era el de la vivienda, porque cada finca tenía un campamento muy antihigiénico. Eran tambos montados en bloques de cemento con vigas de madera y una ancha plataforma servía de dormitorio. Las camas eran esteras de hojas de guineo. Además de las malas condiciones ya dichas, se sumaba el hecho de que, en un principio, la multinacional pagaba en efectivo; sin embargo, la compañía optó por pagar a sus empleados con un vale o cupones con el que se adquiría la mercancía y comida en las oficinas administrativas de la multinacional.

Para el año 1910, la Unit Fruit Company controlaba el 77% del mercado bananero y en 1920 la compañía adquiere, además, “en Aracataca las haciendas Santa Ana y Santísima Trinidad que (...) sumaban 13.078 hectáreas”. Por tanto, el fortalecimiento de la multinacional ascendió de manera rápida hasta llegar a exportar 10.220.042 racimos, en el departamento del Magdalena, para el año de 1928. En noviembre de este mismo año, debido a los diversos problemas de salud, vivienda, salarios y abusos presentados por parte de la multinacional para con los trabajadores, estos hablan por primera vez de huelga de una manera seria, una inconformidad liderada por la clase obrera, exigiendo mejores condiciones de trabajo.

Relatos presentes en el trabajo de Arango (1985) de obreros como Santander Alemán afirman que el 12 del mes de noviembre los obreros de la compañía bananera empezaron a

reunirse con el fin de organizar el comité de la huelga, conformado por voluntarios de la clase obrera como Ganbaldí Russo y dirigentes como Raúl Eduardo Mahecha, que ya habían asistido a otras huelgas y, por tanto, organizaban y orientaban a los trabajadores en la preparación de ésta.

Santander Alemán, capataz de los ferrocarriles del Magdalena, declara que sus diversas reuniones se establecían en casas pajizas de Guacamayal, de forma clandestina, esto debido a que la empresa contrataba Esquiroles para mantenerse informados de lo ocurrido en estas reuniones. Luego de la planeación de la huelga y la conformación de comisiones y sindicatos se produce un cese de actividades en el que campesinos como Josefa María Blanco se hizo cargo de la comisión de captura de esquiroles y desempeñaba el rol de cocinera para los obreros que se encontraban apoyando la huelga. En ese sentido, José María Blanco expone:

Yo tenía bajo mi responsabilidad un escuadrón de cien hombres que me dio el sindicato. Salíamos a vigilar toda la zona para que los obreros no fueran a trabajar (...) La única arma que yo tenía era una cabuya. Recuerdo que una noche venía uno de esos que querían que la huelga fracasara (...) y le eché la cabuya al cuello (...) mis compañeros aprovecharon para amarrarlo y llevarlo hasta el comité de huelga. Allí castigábamos a todos los traidores (Arango, 1985, pág. 57).

Los trabajadores eran conscientes de la importancia del reconocimiento de la huelga, tanto de manera departamental como de todo el país. El dirigente Raúl Mahecha fue el encargado de imprimir las proclamas de los obreros en su imprenta. Una de estas proclamas apuntaba:

La Unit Fruit Company no cumples las leyes. Los obreros sí. Esta huelga es la prueba que hacen los trabajadores de Colombia para saber si el gobierno nacional está con los hijos del país, en su clase proletaria, o contra ella y en beneficio del capitalismo norteamericano y sus sistemas imperialistas (Arango, 1985, pág. 135).

Asimismo, se realizaron proclamas en las que se invitaba al ejército a fraternizar y unirse a la huelga. Se leía: “¡Soldados del ejército colombiano, compañeros de infortunio (...), mientras los oficiales distraen sus ocios en bacanales neronianos, los soldados sufren hambre!” (Arango, 1985, pág. 135). No obstante esto, no fue impedimento alguno para el gobierno de Miguel Abadía Méndez y la Unit Fruit Company, puesto que el general Carlos Cortés Vargas, que ya había sido asignado para ‘restablecer el orden’, solicitó un relevo de esas tropas reemplazándolos por tropas de otros departamentos del país para que, al no existir el parentesco o la afinidad coterránea o familiar, la fraternización de las tropas con los obreros fuera menos factible. En una conferencia de partidos comunistas de América Latina, el dirigente Raúl Mahecha citado por Arango (1985) afirma que se trataba de soldados antioqueños que desconocían las causas de la huelga, a quienes no había llegado todavía la propaganda.

El 13 de noviembre de 1928 llegó al Magdalena un batallón de 300 soldados a cargo del general Carlos Cortés Vargas, jefe civil y militar de las fuerzas, causando que la represión

por parte del gobierno y la Unit Fruit Company se hiciera más intensa. Manuel Camacho, obrero de los ferrocarriles en Ciénaga, afirma que

durante la huelga nosotros los maquinistas llevábamos un soldado a cada lado de la locomotora (...). Salíamos de la máquina al comedor y del comedor a la máquina. Siempre los soldados apuntaban sus fusiles hacia nosotros, que éramos prácticamente prisioneros. En el tren blindado iban muchos más soldados con metralletas y disparaban contra todo lo que se moviera (Arango, 1985, pág. 58).

Para los primeros días de diciembre, los trabajadores iniciaron su traslado a Ciénaga donde, según Santander Alemán, fueron recibidos por una gran manifestación que se encontraba ubicada en el barrio La Guajira. Mientras tanto, el gobierno decretaba “que todo aquel que no trabajara sería considerado un vago y podría ser arrestado”(Brungardt, 1995). Prueba de esto es el testimonio de Santander Alemán, quien cuenta que un día de diciembre iban ochocientos trabajadores entre Sevilla y Riofrío, donde también se encontraban mujeres y niños, quienes al llegar a la estación de Santa Fe fueron detenidos por soldados, los cuales le informaron que no podían continuar.

El 5 de diciembre de 1928, el ministro de Guerra, Ignacio Rengifo, como lo afirma el dirigente Mahecha, suspendió las garantías constitucionales de los huelguistas, declarando el estado de sitio en todo el departamento del Magdalena.

El 6 de diciembre, el general Carlos Cortés Vargas expidió dos proclamas de acuerdo con la ley marcial inherente al estado de sitio: la primera proclama establecía “perentoriamente la disgregación inmediata de grupos mayores de tres personas”; la segunda proclama ordenaba hacer “fuego sobre el grupo si fuera necesario” (Brungardt, 1995). Cerca de la 1:14 de la madrugada, él mismo dirigió a la estación ferroviaria alrededor de 300 soldados equipados y armados, quienes serían los encargados de resolver la huelga. A la 1:20 de la madrugada desplegó las tropas alrededor de la plaza y procedió a leer, a través de un megáfono, el estado de sitio y las dos proclamas. No obstante, a pesar de la lectura de los documentos, los huelguistas siguieron unidos en la plaza y fue en este momento cuando el general declaró fuego contra la manifestación. Raúl Mahecha, quien se encontraba en la manifestación, relata que

la masa de soldados, saliendo por seis calles, se presentó frente a las masas de huelguistas, que en un número de cuatro mil estaban estacionados en la playa de la estación ferroviaria. El general Carlos Cortés Vargas (...), ordenó se diera un toque de corneta para que se retirarán los huelguistas. No había terminado el toque de Clarín, cuando un ¡viva la huelga!, fue la contestación de las masas (...); simultáneamente se oye otro toque y se ve enfilear sus ametralladoras contra los trabajadores, estos no se intimidaban; antes, por el contrario, contestan con otro estruendoso ¡Viva la huelga! ¡Abajo los traidores y el imperialismo yanqui! Un último toque de corneta y un nuevo grito de los obreros huelguistas de que viva la huelga, es acallado por una descarga a quemarropa de trescientos soldados (Arango, 1985, pág. 140).

El 6 de diciembre, a las seis de la mañana, según declara Alemán, entrevistado por Arango (1985), sé presencio el levantamiento de cadáveres, mientras los soldados trataban de impedir que la gente presenciara el hecho. Luego del levantamiento de los cuerpos realizado por el alcalde, se prosiguió a que los cadáveres fueran arrojados al mar, tal como lo contó luego Bovea, uno de los choferes de los carros encargados de llevar a los muertos hasta el sitio donde los recogían las lanchas para llevarlos al barco que los transportaba al mar abierto. Otros fueran enterrados en Ciénaga, en un sitio llamado por la gente 'el matadero de Cortés Vargas'.

No obstante, a pesar de las represiones y el miedo por los actos sucedidos, algunos grupos huelguistas trataron de luchar librando pequeños combates en las poblaciones de Ríofrío y Orihueca, y se entabló una batalla de 400 huelguistas armados, los cuales atacaron las oficinas de la compañía en Sevilla, matando a un teniente. En el momento en que los soldados llegaron con sus ametralladoras, fueron asesinados 29 huelguistas, mientras que otros murieron en Aracataca. Ese mismo día, al amanecer, los huelguistas que lograron salvarse de la matanza de aquella madrugada intentaron huir desesperadamente de Ciénaga. Tomaron la vía de la zona bananera en dirección al retén, fueron perseguidos por los soldados y asesinados más adelante.

Con el fin de seguir propagando el terror en los campesinos y trabajadores que continuaban con ideales diferentes a los intereses capitalistas de la Unit Fruit Company, en las horas de la tarde de ese mismo día las tropas entraron a todas las fincas y los campamentos, buscando huelguistas y trabajadores para asesinarlos. Además, el ejército resolvió destruir y decomisar imprentas como la del periodista Julio Charry y dirigentes como Raúl Mahecha.

Santander Alemán expone que esa misma tarde el ejército quemó en la plaza pública tres mil ejemplares del periódico *la Nación* (periódico godo pero de combate), correspondientes a la edición de esa fecha. Días después se prosiguió a realizar los consejos de guerra.

De acuerdo con Humberto Castañeda García, testigo de la Masacre, estos consejos se llevaron a cabo en un colegio, en donde se juzgó al profesor López Camargo; a los periodistas Julio C. Charry, director del Diario de Córdoba, y a Rodas Pizano, director del periódico Rigolettó. También se detuvo ahí al doctor Acosta García y a un italiano apresado porque era simpatizante de la huelga y ayudaba con mercados. Álvaro Girón, preso por la huelga de 1928, declaró que los consejos de guerra eran una farsa, puesto que se montaron con base en las declaraciones de testigos falsos que servían al gobierno.

La represión por parte del ejército colombiano se extendió por ciento veinte días, tiempo que duró el estado de sitio en vigencia. Durante este período, la situación se hizo mucho más complicada para los obreros, tanto de los que huyeron al monte como quienes permanecieron en la ciudad, puesto que, como afirma José Maldonado, capataz y obrero de los cultivadores criollos, los trabajadores, en su afán de conseguir trabajo, iban de finca en finca, y cuando tenían suerte de encontrarlo se veían sometidos a ser comparados con mulas para medir su nivel de rapidez.

Según Álvaro Girón, esta situación se normalizó a finales de diciembre, teniendo un balance trágico de “1.004 muertos entre hombres, mujeres y niños; 3.068 heridos y más de 500 obreros encarcelados y centenares de camaradas sentenciados a muchos años de cárcel”

(Arango, 1985, pág. 142). Respecto al balance de los daños materiales, estos “ascendieron a 1.250.000 dólares, 800.000 de los cuales correspondieron a daños sufridos por la United Fruit, 150.000 a daños en la vía férrea; los 300.000 restantes fueron sufridos por cultivadores colombianos” (Brungardt, 1995). De esta forma finalizó la huelga de 1928, la que se convirtió en lo que hoy se reconoce como la Masacre de las Bananeras, ayudando a desacreditar el gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez y haciendo renunciar al ministro de Guerra, Ignacio Rengifo.

Capítulo 2. ANÁLISIS DEL TIEMPO FICCIONAL EN *LA CASA GRANDE*

La segunda parte del presente trabajo aborda la novela *La casa grande* con el fin de analizar la manera en que opera el tiempo ficcional dentro de la diégesis², dividida en 10 capítulos sin aparente sucesión cronológica. Esto sólo es posible si se realiza un análisis teniendo en cuenta cada indicio de tiempo que muestra la novela, evidenciadas mediante la presencia de marcas textuales concretas, de las cuales se pueden lanzar algunas pequeñas conclusiones. Este apartado inicia con la presentación de la novela y las innovaciones que la hacen reconocerla como nueva novela, seguidamente se analiza cada capítulo y se presenta el orden del tiempo del relato de la novela.

La novela *La casa grande*, de Álvaro Cepeda Samudio, fue publicada por primera vez en 1962, treinta y ocho años después de sucedida la Masacre de las Bananeras. Primero apareció el capítulo "Los soldados", en la revista *Mito*, y luego el del "Padre", en el Magazine Dominical de El Espectador, lo que indica que la novela fue publicada primero por capítulos, a manera de los folletines del siglo XIX, y se infiere que los escritos intentaban hacer pública una denuncia.

La casa grande reconstruye en si diégesis los hechos importantes del acontecimiento mencionado, a pesar de la poca información que se obtiene de lo sucedido y el tiempo transcurrido, esto a través de la innovación de técnicas narrativas, lo que permite ubicarla dentro del concepto de 'nueva novela', entendida como la búsqueda de identidad sobre el

² Para el caso de diégesis, se remite al libro capital de Gérard Genette, *Figuras III*, en el cual presenta su teoría de los universos diegéticos y su consideración teórica de lo narratológico.

arte que renovó la concepción de novela tradicional, puesto que innovó en la multiplicidad de voces narrativas, fragmentó la linealidad de tiempo con saltos temporales y exigió un lector de segundo nivel³. La novela moderna permitió partir de la mimesis de un hecho histórico real para crear una nueva y sublime realidad. No resulta entonces sorprendente que se categorice a *La casa grande* como una novela moderna, debido a la fragmentación de la linealidad de tiempo y los saltos temporales presentes en ésta, elementos estos innovadores en cuanto a la presentación de una historia dentro de lo ficcional, distinta, en todo caso, a las estructuras novelescas decimonónicas.

Uno de los rasgos que plantea Seymour Menton (1993) en su libro *La nueva Novela Histórica de América Latina* para identificar con claridad la novela moderna es la subordinación, en distintos grados, de la reproducción mimética de cierto período histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas⁴, característica presente en *La casa grande* debido a que en ésta se sustituye la realidad histórica a través de lo estético por la falta de un documento oficial que cuente los hechos históricos reales de la Masacre. Lo anterior permite superar la realidad histórica y proponer una realidad nueva que se afirma más verdadera. Así como lo refiere Félix Ramiro Flórez Cepeda redescubre la realidad y la combina con elementos de ficción, lo que significa no sólo que conoce la historia, sino que la sabe contar para trascenderla, hurgando en los vericuetos del acontecer local, regional y nacional” (Flórez, 2002).

³El autor debe suponer que el conjunto de competencias a que se refiere es el mismo al que se refiere su lector. Por consiguiente, deberá prever un Lector Modelo capaz de cooperar en la actualización textual de la manera prevista por él y de moverse interpretativamente, igual que él se ha movido generativamente. Eco, U. (1987). *Lector in fabula*. Barcelona. Lumen.

⁴ Las ideas que se destacan son: la imposibilidad de conocer la verdad histórica o la realidad; el carácter cíclico de la historia y, paradójicamente, el carácter imprevisible de ésta, o sea que los sucesos más inesperados y más asombrosos pueden ocurrir.

Para el trabajo del tiempo en la novela, se tendrá en cuenta que la obra literaria ofrece dos aspectos: desde la propuesta de Gérard Genette⁵, es, al mismo tiempo, una historia y un relato. Se entiende por historia el sentido que evoca una cierta realidad, acontecimientos que habrían sucedido, personajes que desde un punto de vista se confunden con los de la vida real. Por relato se designa la sucesión de acontecimientos, reales o ficticios, objeto de dicho discurso y sus diversas relaciones de concatenación, oposición y repetición. Entonces “análisis del relato” significa estudios de un conjunto de acciones y situaciones consideradas en sí mismas abstracción del medio, lingüístico o de otra índole, que nos permita conocerlas.

Para este trabajo, entendiendo las muchas vertientes en cuanto a la distinción entre trama, historia, anécdota o relato, lo cual genera confusión cuando se asume el análisis de una novela en la cual la Historia entra a jugar papel preponderante, se asumió la definición de *fábula*⁶, entendida como lo que realmente ocurrió en los sucesos ficcionales, planteada por el formalista ruso Boris Tomachevski en su libro *Teoría de la literatura*.

El tiempo que se narra en la fábula de *La casa grande* dura aproximadamente 18 años, en los que, mediante una serie de capítulos fragmentados, se visualiza una manera particular (innovadora) de contar la historia. La novela, como ya se dijo, está conformada por 10

⁵Así, pues, historia y narración no existen para nosotros sino por mediación del relato, pero, recíprocamente, el relato, el discurso narrativo no puede ser tal sino en la medida en que cuente una historia, sin lo cual no sería narrativo (...), y en la medida en que alguien lo profiera, sin lo cual (como, por ejemplo, una colección de documentos arqueológicos) no sería en sí mismo un discurso. Como narrativo, vive de su relación con la historia que cuenta; como discurso, vive de su relación con la narración que lo profiere. Genette, G. (1989). *Figuras III*. Lumen.

⁶ Debe distinguirse esta categoría, en todo caso, de la fábula como ese subgénero literario iniciado con Esopo y con tanta ascendencia en la escuela colombiana.

capítulos: Los soldados, La hermana, El Padre, El pueblo, El decreto, Jueves, Viernes, Sábado, El hermano y Los hijos, dispuestos de forma discontinua y aparentemente desvertebrada, recursos propios de la modernidad literaria. En los capítulos es evidente el uso de anacrónias, entendidas por Gérard Genette como diferentes formas de discordancia entre el orden de la historia y el orden del relato, y de omisiones, que se refieren a la falta de información que debe completar el lector modelo, rasgos que Seymour Menton identifica como propios de la nueva novela histórica y lo acercan a teorías modernas de la narrativa como la del *iceberg*, de Hemingway, o la de la historia escondida dentro de otra, de Ricardo Piglia.

El primer capítulo, “Los soldados”, se encuentra conformado por siete fragmentos, contados por la voz de un narrador extradiegético-heterodiegetico⁷ y once diálogos entre dos soldados que forman parte de la compañía que se dirige a acabar con la huelga.

Una característica propia de la novela moderna, que se puede evidenciar en *La casa grande*, es el inicio por medio de diálogos, lo que implica en la novela polifonía, dejando de lado la subalternidad del discurso monológico, donde el discurso pasa a la voz de los personajes como narradores y le da posibilidad al autor de mostrar varios puntos de vista, lo que le permite el uso de tres elementos en el lenguaje: el individual, el discursivo y el ideológico, que establecen un complejo diálogo a través de diferentes niveles de abstracción, lo que Bajtín (1991) llama heteroglosia.

⁷ Narrador que no pertenece en calidad de personaje a la historia que se narra y cuya relación con la diégesis o fábula es distante y pretendidamente objetiva. Extradiegético en cuanto a la jerarquía de los narradores en lo ficcional, y Heterodiegetico en cuanto al grado de participación en la historia.

En el primer diálogo se deja en evidencia el desconocimiento total de los hechos por parte del segundo soldado y los cuestionamientos por parte del primero frente a la huelga. El fragmento uno, siguiente al primer diálogo, narra los acontecimientos desde la salida del cuartel por parte de los soldados, en horas de la tarde, hasta su entrada al caño. Este pasaje deja en evidencia el tiempo en el que se están presentando los hechos: “Había viento fuerte, de diciembre (...). Entonces el sueño comenzó a doblarlos sobre los fusiles, contra los listones de las estibas, contra los hombres y las espaldas y las caderas de todos” (Samudio, 2006, p. 17). El segundo diálogo muestra la condición precaria a la que están sometidos los soldados (hambre, frío y necesidad) y la llegada de los soldados al pueblo en la madrugada.

El fragmento dos narra el antes y después de lo acontecido en el segundo diálogo. Es posible debido a que el tiempo de la historia es pluridimensional, pues varios acontecimientos pueden desarrollarse al mismo tiempo de manera simultánea, una clara evidencia del collage como forma narrativa propia de la modernidad, en el decir de Fredric Jameson (1998).

El tercer diálogo presenta el desembarque de los soldados y la ida a la estación del tren. Nuevamente se da una diferencia de pensamiento frente a la huelga por parte de los dos soldados. El primero se identifica con los huelguistas y no entiende por qué tienen que obligar a los maquinistas a trabajar y a ellos a matar. El soldado dos, llamado así por el orden de intervención en el diálogo, desconoce lo que sucede al interior de la huelga.

Del diálogo cuatro al ocho transcurre un día, en el que los soldados tienen que estar en la estación, esperando la llegada de los maquinistas. Se presenta un *flash back*⁸ —narrador homodiegético-autodiegético— por parte del soldado, que evoca su condición de vida.

En el fragmento tres se evidencia el paso de los soldados de la estación al cuartel, en el que ellos pudieron presenciar la indiferencia del pueblo tras su llegada: “Caminaron lentamente, sin prisa, mirando, sin entender bien las puertas cerradas a lado y lado de las calles” (Samudio, 2006, p. 39). En el diálogo décimo los acontecimientos se presentan durante el inicio de la noche, momento en el que el soldado dos decide volarse del cuartel. En este diálogo no se hace la diferencia entre el diálogo y la voz del narrador, sino que se da continuamente, con una *prolepsis*⁹ que narra la llegada de los soldados en los trenes a la estación en el momento de la Masacre.

El fragmento cuatro se da en la madrugada del siguiente día y narra la salida de los soldados a la estación: “Marcharon todos en fila de cuatro en fondo y una sola de tres, hasta la estación” (Samudio, 2006, p. 33).

En el fragmento cinco se predice la muerte a la que tendrán que enfrentarse los soldados: “Todavía no eran la muerte: pero llevaban ya la muerte en la yema de los dedos” (Samudio, 2006, p. 33).

⁸ Personaje en primera persona que realiza una reminiscencia al pasado, de manera involuntaria e inconsciente, siempre mediado por la presencia de un elemento sensitivo que fuerza dicho viaje.

⁹ Según Genette (1989), se denomina *prolepsis* a toda maniobra narrativa que consista en contar o evocar por adelantado un acontecimiento posterior.

El fragmento seis, narra la llegada de los trabajadores a la estación del tren y su primer encuentro con los soldados. El último diálogo del capítulo narra el encuentro de los dos soldados luego de lo ocurrido en la Masacre. El primer soldado evoca lo ocurrido durante la Masacre y el segundo le cuenta los acontecimientos que le ocurren tras su salida la noche anterior del cuartel. Su encuentro con una mujer que se hallaba en el patio de la casa de al lado del cuartel (la casa grande): “Ella debe vivir ahí porque estaba en el patio, sola en el patio” (Samudio, 2006, p. 35). El comportamiento del tiempo dentro del relato ficcional, se puede apreciar mejor en la figura I.

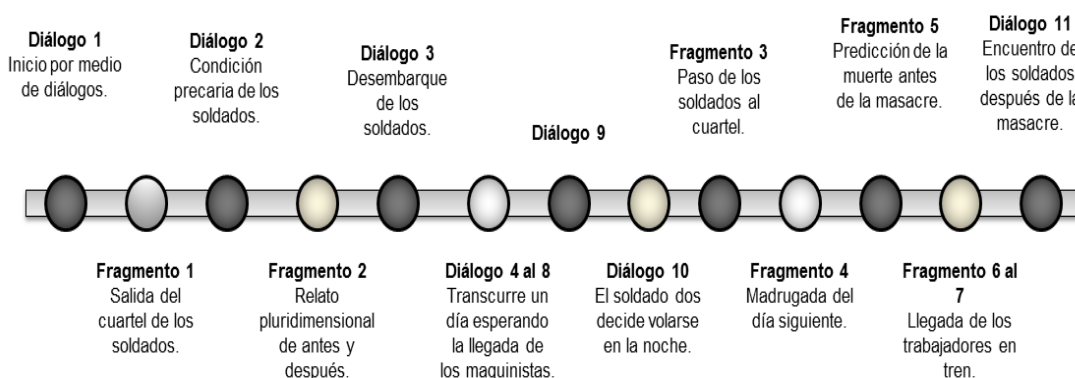


Figura I.

El capítulo dos se titula “La hermana” y es de bastante complejidad desde el aspecto del comportamiento del tiempo y la secuencia que establece en relación con la fábula. Es allí donde se conocen por primera vez los integrantes de la casa grande; sin embargo, los personajes no son llamados por un nombre sino por el rol que cumplen en la familia (Padre, Hermana, Madre...). En este capítulo es posible conocer los conflictos ocurridos 18 años

antes por un relato metadieético¹⁰ que inicia con un monólogo por parte de “la hermana del medio”, dirigido a la hermana mayor, en tiempo presente, en el cual le recrimina por lo sucedido en el pasado y su indiferencia hacia los habitantes de la casa. “—¿Qué vas a hacer ahora? No te has movido. Parece que ni siquiera los hubieras mirado. Pero es cierto: con qué ojos ibas a mirarlos. Se acercaron a ti y te lo han dicho” (Samudio, 2006, p. 37).

En la narración de la hermana se presentan continuos *flash back* para que el lector conozca parte de la historia de la familia y la personalidad de los personajes que habitan la casa, en especial de la hermana mayor: “Aún en el más lejano comienzo de la memoria estás aislada de nosotras. Fuimos creciendo separadas de ti: de tus gestos, de tus palabras, de tus más simples vestidos” (Samudio, 2006, p. 45).

También está presente en este capítulo el relato de Carmen, personaje al que no se le define el rol que cumple dentro de la fábula. Se infiere que tiene cercanía a la familia de la casa grande, porque entra en ella para contar la llegada de los soldados al pueblo y evidencia la condición en la que surge la Masacre de las Bananeras. Hay un desconocimiento total por parte de los huelguistas de lo que iba a suceder: “Carmen siguió contando que la estación estaba llena de soldados: (llena de cachacos que habían llegado de Barranquilla en la madrugada y que iban para La Zona a defender los intereses...)” (Samudio, 2006, p. 42).

¹⁰ El primer tipo, según Genette (1989) es una causalidad directa entre los acontecimientos de la metadiégesis y los de la diégesis, que confiere al relato segundo una función explicativa (...) pero asumido aquí por un personaje, ya sea la historia que cuente la de otro o con mayor frecuencia, la suya propia. Todos esos relatos responden, explícitamente o no, a una pregunta de este tipo: “¿Qué acontecimientos han conducido a la situación actual?”.

Luego de terminado el relato de Carmen, se vuelve al diálogo entre las dos hermanas, donde se evidencia el incesto entre el Hermano y la Hermana mayor. Se encuentra la visión del Hermano como contraste a la del Padre, puesto que está a favor de la huelga y es partícipe de ella. La narración vuelve al presente con el diálogo entre las dos hermanas y nuevamente hay una reminiscencia al pasado, mediante *flash back*, lo que permite conocer datos de la vida de ellas. Se presenta una prolepsis para hablar del futuro de los hijos.

Durante el lapso de cuatro de días, se ubica el tiempo del juicio que se realiza para procesar los principales dirigentes de la huelga capturados después de la Masacre. En este juicio participa el Padre y es evidente el poder que tiene: “Debiste oír cosas terribles porque cuando ya supieron que estaban perdidos, que una acusación del Padre era suficiente, tuvieron para hablar contra él” (Samudio, 2006, p. 52). El diálogo vuelve al presente para hablar de la hija y la rebeldía de los hijos contra la hermana mayor.

En este Capítulo, Cepeda Samudio advierte al lector de las posibles fragmentaciones de tiempo que encontrará: “Perdimos los puntos de referencia para medir el tiempo que debía transcurrir entre el acostarnos y el levantarnos. La rutina regular y perfecta de los días que no eran domingo quedó rota, desordenada, como si alguien hubiera manoteado metódicamente sobre un ordenado fichero de dominó” (Samudio, 2006, p. 43).

Nuevamente se prueba el tiempo que ha pasado desde la Masacre hasta el presente, momento en el que se ubican los hijos: “Ha esperado dieciocho años y nueve meses para saber seguramente lo que siempre debió intuir (...) Ha necesitado todo este tiempo para ver derrumbarse la raza donde apoyaron los fusiles” (Samudio, 2006, p. 56).

El capítulo titulado “El Padre” empieza con una descripción del Padre de la familia que habita la casa grande, lo que permite conocer datos como su edad y el lugar donde se encuentra. Allí sostiene un diálogo con la muchacha que parece tener un fuerte vínculo con el Padre. El diálogo entre estos personajes permite conocer la postura del Padre frente a la huelga. Luego del diálogo entre la muchacha y el Padre, que además están presididos por la voz del narrador omnisciente, se presentan diez diálogos de personas del pueblo, en los cuales la voz de dicho narrador no está presente.

A continuación, se presenta un diálogo entre la Muchacha y el Padre, en el cual ella le informa que él no debía haber ido al pueblo porque lo estaban buscando para matarlo, lo que permite conocer que lo desarrollado en el capítulo se da después de la ocurrido en la Masacre. Además, se informa que el Padre llega de día al pueblo, otro indicio de tiempo.

El primer diálogo es una conversación entre gente del pueblo sobre la llegada inoportuna del Padre porque aún no lo esperaban. No logran verlo a él, pero sí a su caballo, lo que indica para ellos su llegada. Es posible que este diálogo y el de la muchacha manejen un mismo tiempo. “Ella tampoco lo esperaba. Salía de la tienda cuando vio el caballo en el patio: entonces se fue corriendo a la casa” (Samudio, 2006, p. 65).

En el segundo diálogo habla gente del pueblo, en este caso hombres que dirigen la huelga. En este diálogo se puede evidenciar la unión del pueblo y los trabajadores por vengar lo sucedido en la Masacre. Nuevamente hablan de la llegada del Padre y desean saber si los soldados lo acompañan. El diálogo permite conocer que los hombres del pueblo no cuentan con armas y le temen a los soldados.

En el tercer diálogo hablan mujeres (posibles prostitutas) que cuestionan a la muchacha porque piensan que ella mandó a llamar al Padre cuando sabía que lo iba a matar. Se evidencia cercanía de las mujeres con el Padre porque intentan defenderlo.

En el cuarto diálogo vuelven a hacer presencia las voces de los hombres del pueblo relacionados con la huelga. Explican la causa por la que tienen que matar al Padre “No, es por eso: es por todo lo que nos ha hecho a ti y lo que me haría a mí si sigue viviendo: es por haber traído a los soldados para que nos mataran por lo que tenemos que matarlo” (Samudio, 2006, p. 69). Se deja en evidencia el odio del pueblo contra el Padre y la razón por la que el pueblo tiene que estar unido para lograr su muerte.

En el quinto diálogo hablan los hombres que van a matar al Padre. Confirman que los soldados no acompañan al Padre y dudan de que la muchacha le haya avisado al Padre porque ella también pertenece al pueblo; “Sí, era mentira, ella es como nosotros” (Samudio, 2006, p. 70). Los hombres deciden ir a matar al Padre pero deben esperar hasta que se haga de noche.

El diálogo sexto se da entre dos niños, quienes también conocen lo que está sucediendo con respecto al padre y hablan del caballo en el que llega el Padre a la casa de Regina (nombre de la muchacha). Los niños indican el tiempo y espacio en el que se encuentran. “No, es muy tarde. Casi está oscuro” (Samudio, 2006, p. 72).

En el séptimo diálogo los hombres que se dirigen a matar al Padre no se explican por qué sigue en la casa de la muchacha si ya sabe que lo van a matar. Los hombres esperan que se haga de noche para atacar porque no quieren verse cuando maten al Padre, lo que indica que son personas que no están enseñadas a matar.

El octavo diálogo se da entre mujeres del pueblo y los trabajadores que se encuentran en las casas. Ellas les avisan que los soldados no regresaron y que el Padre sigue en la casa de la muchacha. Sospechan que el Padre está esperando la muerte porque él nunca se queda toda la noche en casa de la muchacha y ya es de noche.

En el noveno diálogo hablan las prostitutas del pueblo nuevamente. Afirman que el Padre sabía que lo iban a matar y aun así no quiso irse. Desean que no lo maten, lo que confirma la cercanía del Padre con las mujeres del pueblo.

En el décimo diálogo nuevamente aparece la voz de los niños que se encuentran esperando que pase el caballo del Padre. Uno de los niños quiere ver por última vez el caballo y cree que luego de que maten al Padre el caballo se escapará.

Se deja la voz de la gente del pueblo para hacer una descripción del momento en que llegan a matar al Padre, quien aún se encontraba en la casa de la muchacha. Se describe “el ataque inexperto pero tenaz” (Samudio, 2006, p. 75) de la muerte del Padre. En la figura II se ve representado el comportamiento del tiempo del capítulo “El padre”

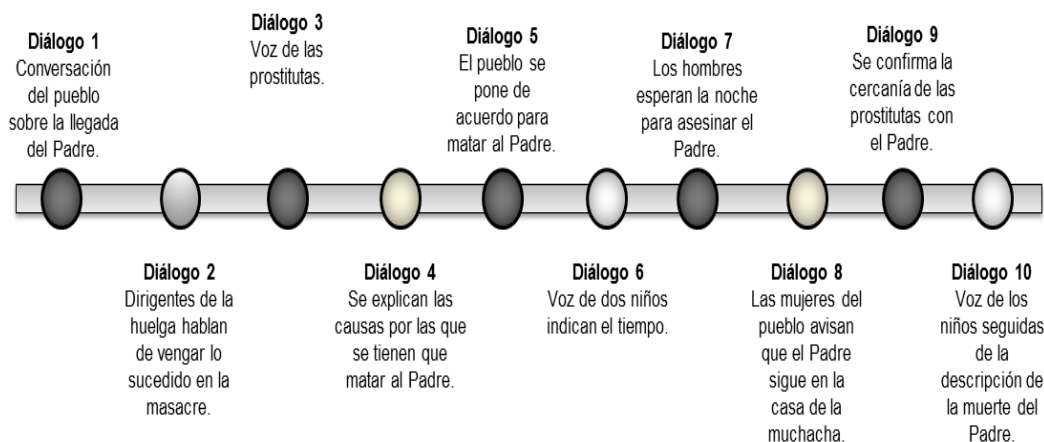


Figura II.

En el capítulo titulado “El pueblo”, el más corto de la novela, el narrador omnisciente hace la descripción del pueblo con el fin de mostrar la realidad (condición de vida de los obreros, prostitución, aspecto desagradable del pueblo). La iglesia tiene relación con el poder (tres familias...). Se muestra la negación de la gente del pueblo con su realidad.

En el quinto capítulo, titulado “El decreto”, Cepeda Samudio hace uso de un documento oficial, publicado el día 6 de diciembre de 1928 por el general Carlos Cortés Vargas. El Decreto está en la novela posiblemente para agregar más validez y soporte sobre la Masacre y los puntos de vista del general y el Gobierno. Por ser un texto oficial dentro de la novela, se afirma que hay verosimilitud porque es una forma de incluir la realidad dentro de la estructura de ficción para tratar de demostrar que es cierto lo referido a los sucesos de la Masacre. Este es uno de los momentos en que con mayor certeza se puede notar el entrecruzamiento de los planos realidad/ficción dentro de la novela, algo que, además, testimonia otro de los rasgos de la novela moderna, en el decir de Vargas Llosa (1999), la

novela caníbal que engulle todo lo que encuentra a su paso, entre esto la propia historia oficial.

En el capítulo titulado “Jueves” se encuentran dos puntos de vista diferentes, divididos en tres fragmentos, sobre lo ocurrido antes de la Masacre. El primero se da en la madrugada, es el despertar lento, acalorado y sediento de una mujer. En éste, se abre la escena del segundo fragmento, donde esta mujer, posible prostituta, se encuentra hablando en una cantina con el posible Padre de su hijo, quien hace parte de los huelguistas. Los dos fragmentos siguen una secuencia de tiempo acompañada de una elipsis¹¹.

El tercer y último fragmento del capítulo se da minutos antes de la Masacre, cuando los huelguistas están en la plaza. Hay un diálogo que se da entre un huelguista y un dirigente, mostrando el punto de vista de cada uno: “A mí me trajeron para organizar una huelga, no para proteger a nadie. Como se lo digo: aquí va a haber bala y yo me voy esta noche” (Samudio, 2006, p. 88).

La figura III muestra el comportamiento del tiempo en el capítulo “Jueves”.

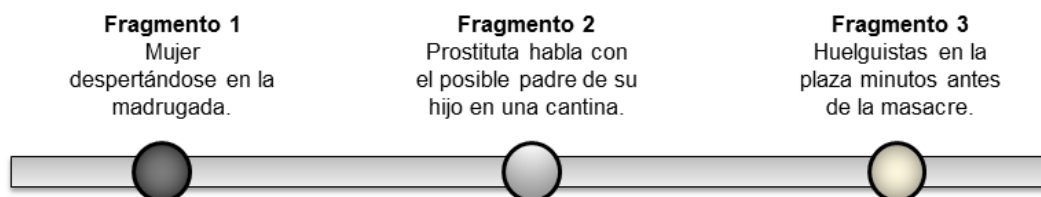


Figura III.

¹¹ Según Genette (1989), la elipsis, o salto hacia adelante sin retorno, no es, evidentemente, una anacronía, sino una simple aceleración del relato (...) Afectando el tiempo.

En el capítulo “Viernes” se puede encontrar que la voz del narrador ubica seis fragmentos de tiempos diferentes dentro de la fábula, con espacios alternos que en algunas ocasiones se cruzan. La lluvia, siempre presente en el espacio donde se desarrollan las acciones, es un indicador de tiempo y permite ubicar los acontecimientos en el orden lineal del tiempo del relato.

El primer fragmento que muestra el capítulo es el despertar de una mujer en la madrugada que escucha llegar los soldados al pueblo y se dirigen a la estación. Había llovido toda la noche, pero al despertar se da cuenta de que ya había escampado. En el segundo fragmento se puede evidenciar el diálogo entre dos hombres que tienen relación con la huelga: “¿Cuándo llegaron? Hace poco, apenas están desembarcando” (Samudio, 2006, p. 91). El tiempo es el mismo de la llegada de los soldados.

El tercer fragmento es el punto de vista de un maquinista y su mujer sobre la huelga. Igual que en los anteriores fragmentos, se desarrolla tras la llegada de los soldados al pueblo. El fragmento cuatro nuevamente evidencia la participación del Hermano en la huelga y su relación con la hermana: “— ¿Por qué regresó, que fue a hacer? —Le avisaron algo de la hermana” (Samudio, 2006, p. 93).

Es de madrugada y los acontecimientos tienen relación con la noche en la que el Padre golpea a la Hermana. El fragmento cinco se desarrolla en la madrugada y el narrador desarrolla las acciones aplicadas por el cantinero de un bar y las de un hombre que se encuentra bebiendo allí. Presencian la llegada de los huelguistas a la estación. El último

fragmento es la visión del pueblo apacible que está a la expectativa de lo que va a suceder después de la llegada de los soldados. No hay participación de ningún personaje.

La figura IV muestra el comportamiento del tiempo en el capítulo “Viernes”

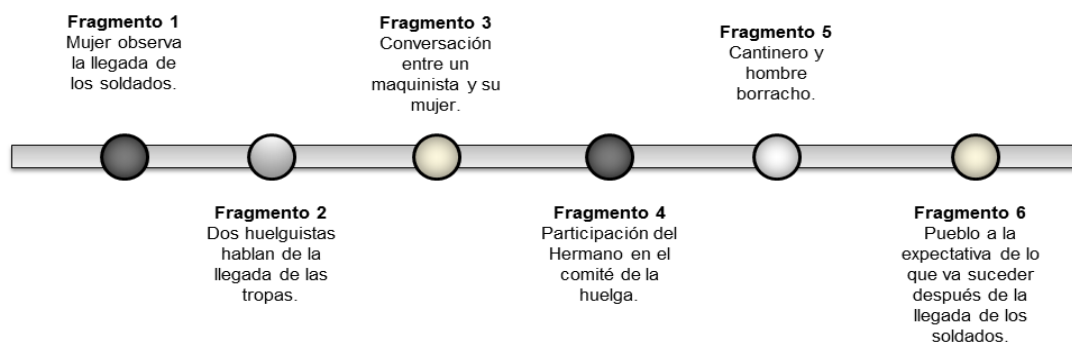


Figura IV.

Durante el capítulo titulado “Sábado” transcurren cuatro horas y cincuenta minutos, puesto que inicia a las 5:10 de la mañana y finaliza a las 10:00 a.m., manejando de esta forma una técnica narrativa secuencial del tiempo, con el detalle cada tantos minutos, la cual, según Todorov, se categoriza como el tiempo de la lectura que se torna como “un elemento literario a condición de que el autor lo tenga en cuenta en la historia”¹². Dentro del capítulo se relata la preparación del batallón junto con “la salida del personal de refuerzos hacia la estación, con instrucciones terminantes de sofocar el alzamiento de los bandoleros” (Samudio, 2006, p. 132) que se lleva a cabo en Ciénaga.

¹²El tiempo de la lectura es un tiempo irreversible que determina nuestra percepción del conjunto; pero también puede tornarse un elemento literario a condición de que el autor lo tenga en cuenta en la historia. Por ejemplo, al comienzo de la página se dice que son la diez y en la página siguiente que son la diez y cinco. Esta introducción ingenua del tiempo de la lectura en la estructura del relato no es la única posible. *Análisis estructural del relato*, 1986.

En el capítulo titulado “El hermano”, el narrador nuevamente le confiere al relato una función explicativa, asumida por un personaje, en este caso el Hermano. Se sitúa en el presente y hace uso de reminiscencias para contar parte de su vida en la casa grande y el fuerte vínculo que tiene con su hermana. El relato está dirigido a la hermana madre de los hijos que acaba de morir: “Mi hermana ha muerto esta mañana. Ella tenía que morirse” (Samudio, 2006, p. 101).

La primera reminiscencia hace referencia a la infancia compartida con su hermana y a los cuidados de su nana Isabel. La segunda, relata el odio al Padre desde niño y confirma la cercanía de la casa con el cuartel: “—Vamos a buscarlo —dijo de pronto mi hermana—. Viene de allá, del lado del cuartel” (Samudio, 2006, p. 104).

El relato vuelve al presente en este capítulo para hacer una descripción desolada de la casa, marcada por la familia, y luego para mostrar la dureza de la hermana madre de los hijos ante las imposiciones del Padre y de la hermana mayor. Se presenta una tercera reminiscencia para seguir describiendo su niñez al lado de la hermana y una última para describir el momento en el que es alejado de su familia para comenzar sus estudios.

El capítulo “Los hijos” se encuentra fechado ubicado dieciocho años después de la Masacre, en tiempo presente: “Durante dieciocho años ha sostenido trabajosamente esta casa con un solo propósito” (Samudio, 2006, p. 122). Se desarrolla el diálogo entre los tres hijos de la hermana menor, dos hombres y una mujer, sobre el objetivo de su crianza como sucesores de la sangre del Padre y el odio infundido por la Hermana Mayor. Finalmente, dentro del capítulo se agrega una concepción de tiempo que se asimila junto a la

temporalidad fragmentada de la novela: “El tiempo no fluye aquí tranquila y descansadamente hacia la muerte: nos invade: invade esta casa y nos arrastra y nos destruye” (Samudio, 2006, p. 121).

Lógica del tiempo del relato en *La casa grande*

Para lograr identificar la lógica en la estructuración del tiempo del relato en la novela, es preciso volver a retomar el concepto de historia y relato, recordando que por historia se entiende el sentido que evoca una cierta realidad y por relato la sucesión de acontecimientos, reales o ficticios, que para ser analizados se deben tener en cuenta el conjunto de acciones y situaciones consideradas en sí mismas abstracción del medio, lingüístico o de otra índole que nos permita conocerlas y que el “relato literario escrito es, al respecto, de un estatuto aún más difícil de delimitar (...) no puede “consumirse” y, por tanto, actualizarse sino en un tiempo que es, evidentemente, el de la lectura y, si la sucesividad de sus elementos puede desbaratarse mediante una lectura caprichosa, repetitiva o selectiva” (Genette, 1989, p. 90).

Por otro lado, “estudiar el orden temporal de un relato es confrontar el orden de disposición de los acontecimientos o segmentos temporales en el discurso narrativo con el orden de sucesión de esos mismos acontecimientos o segmentos temporales en la historia, en la medida en que va explícitamente indicados por el propio relato o se puede inferir de tal o cual indicio indirecto” (Genette, 1989, p. 91).

El tiempo interno del relato en la novela tiene una duración aproximada de siete días. Es posible predecir el final del relato teniendo en cuenta que después de la muerte del Padre no se desarrollan más acontecimientos dentro de esta linealidad.

El inicio del tiempo del relato en la novela se encuentra en el primer capítulo, “Los soldados”, en el momento en que salen del cuartel el día *jueves* y se dirigen al puerto, en la tarde. Continúa con su llegada al pueblo en la madrugada del día *viernes* y su estadía en la estación hasta la tarde que son llevados al cuartel para que pasen allí la noche. Los acontecimientos del capítulo “Jueves” del despertar lento de la mujer y su encuentro con el posible padre de su hijo, quien hace parte de los huelguistas, se dan al mismo tiempo que ocurren los hechos realizados por los soldados. Ese mismo día, en la noche, sucede lo acontecido con la hermana menor cuando “el Padre le rompió la cara con la hebilla de la espuela que se había quitado en ese momento” (Samudio, 2006, p. 38). Lo anterior se puede ubicar gracias a los acontecimientos relatados en el capítulo “Viernes”.

Los acontecimientos ocurridos el día viernes durante la estadía de los soldados en el cuartel tienen relación con los sucesos presentados en los capítulos “Viernes”, “La Hermana” y “Los soldados”: la narración de la mujer que presencia la llegada de los soldados al pueblo el viernes en la mañana, desde su ventana; el relato de Carmen que informa en la casa grande la estadía de los soldados en la estación; lo acontecido con la mujer y el maquinista en el fragmento tres del capítulo “Viernes”; la participación del Hermano en la huelga; el fragmento cinco, donde un hombre se encuentra bebiendo en una cantina y la estadía de los soldados en el cuartel.

La huida del soldado uno en la noche del viernes, que se relata en el décimo diálogo de este mismo capítulo, donde el soldado tiene una relación sexual con la hermana menor en el patio de la casa grande, permite conocer que algunos hechos relatados en el capítulo de la “Hermana” y el de los “Soldados” manejan el mismo tiempo.

En la madrugada del sábado, día en el que ocurre la Masacre, se ubica el encuentro de los soldados con los huelguistas y el diálogo entre los dos soldados después de lo ocurrido. El *flash back* por parte del segundo soldado permite conocer los hechos acontecidos la noche del viernes después de su salida del cuartel y relacionarlo con la casa grande. El orden de tiempo presente en el capítulo “Sábado” permite ubicar los hechos acontecidos sin ninguna complicación.

Después de lo ocurrido en la Masacre de las Bananeras y los acontecimientos del día sábado, no hay ningún indicio de tiempo dentro de la obra que permita conocer con exactitud el tiempo transcurrido hasta el día de la muerte del Padre. Sin embargo, se conoce que sucede tiempo después, no muy lejano, de la Masacre de las Bananeras, por el odio que aún mantiene el pueblo hacía él y el diálogo que sostiene con la muchacha de día, donde se evidencia que la gente del pueblo sigue muy pendiente de su cercanía con los soldados.

Los cuatro días del juicio en el que participan el Padre y a Hermana no es posible ubicarlos en un tiempo exacto, pero igual que la muerte del Padre, suceden en un tiempo no muy lejano de la Masacre de las Bananeras.

Luego de la muerte del Padre no hay más hechos que se puedan ubicar dentro del tiempo del relato, porque la narración en primera persona que realiza el hermano da cuenta de lo que ocurre en la niñez de él y lo que ocurre tiempo después de la Masacre de las Bananeras con la hermana mayor y los hijos, hechos que entrarían a hacer parte del tiempo de la historia.

Capítulo 3. DE LA REALIDAD A LA FICCIÓN EN *LA CASA GRANDE*

Gracias al eficaz y acertado tratamiento estético de la Masacre de las Bananeras, hecho real sucedido en la década del 20 en Colombia, el escritor Álvaro Cepeda Samudio logra generar una atmósfera de verosimilitud en los hechos ficcionales de *La casa grande*, soportada, desde luego, en los hechos reales, aquéllos que la Historia oficial ha referido en libros de no ficción, lo que consigue merced a la relación de sus personajes y relatos con los hechos verídicos.

La polifonía de voces ficcionales, todas ellas soportadas hábilmente en voces genuinas dentro del relato histórico, junto con una técnica de montaje cinematográfico para la estructuración del tiempo, permitieron a Cepeda Samudio presentar una visión panorámica pero profunda en la búsqueda de las causas de la Masacre a través de su novela, sin dejar por fuera algún detalle importante. Esta estrategia narrativa, propia de la novela moderna, como bien se ha remarcado en capítulos anteriores, permite reconocer que para la revisión del hecho histórico de la Masacre de las Bananeras era necesario su conocimiento global, teniendo en cuenta el pueblo, el estado, las familias, los soldados, la economía, la empresa y el poder, esto, para hacer una aproximación lo más verídica posible a la “verdadera” historia. De esta manera, lo cual ocurre frecuentemente dentro del hecho literario, la ficción parece entrar a llenar vacíos epistemológicos que la historia, por su aparente verismo, es incapaz de resolver.

Los personajes de *La casa grande* no resultan ser solo personajes ficcionales, meras construcciones novelescas, sino que, por el contrario, encuentran una verosimilitud y

relación con los hechos ocurridos en la Masacre. Cada punto de vista de un personaje en la novela cuenta una parte importante para el ensamblaje de la historia y para el reconocimiento de la realidad sobre la Masacre. Así lo confirma el siguiente apartado: “En *La casa grande* el diálogo se vuelve monólogo interior, narración objetiva y textos testimoniales. Todas las voces tienen la palabra. No existe protagonista individual” (Poveda, 1994, p. 329).

Los testimonios de los soldados son los primeros puntos de vista que presentan el sufrimiento, las necesidades afrontadas por el Ejército Nacional y el relevo de las tropas del Magdalena por soldados de otros departamentos, con el fin de cortar toda familiaridad o parentesco con el pueblo. El soldado dos de *La casa grande* no conoce en absoluto la situación o el motivo por el que se va a enfrentar a todo un pueblo, sólo reconoce que son sus enemigos. El soldado uno, por el contrario, realiza un contraste para con su compañero, debido a que, con sus reminiscencias al pasado, evidencia su condición de vida y rechazo al ataque por parte de las tropas armadas; sin embargo, a pesar de su opinión frente al ataque, el soldado uno termina atacando a los suyos, mientras el soldado dos contradice el pensamiento que tenía en cuanto a la huelga.

Cepeda Samudio, en esta novela, evidencia la condición en la que fueron llevados los soldados a Ciénaga, relatos que no es posible conocer en los presentados por el historiador en el capítulo uno, puesto que no hubo quién testificara lo ocurrido por parte de las tropas armadas. En la novela se dedica un capítulo entero al abordaje de las opiniones por parte de los soldados, dándoles voz a los uniformados a partir de un diálogo entre dos de ellos. Aquí

es posible identificarlos como víctimas del poder de los militares, aunque en la historia real se conozcan como victimarios.

De otro lado, el personaje del Padre deja visionar la representación de la barbarie y la crudeza de quienes estaban de parte de la compañía bananera. Su pensamiento y sus actuaciones son comparables con los de los militares que dirigían el ataque a los huelguistas en Ciénaga. Él está en la casa grande como muestra de los que se encontraban a favor de las imposiciones de la compañía bananera; además, los relatos del Hermano evidencian que siempre tuvo cercanía con el cuartel.

Las voces de los personajes, en los relatos que se encuentran en *La casa grande*, divididos por espacios y tiempos distintos, muestran la condición y vida de las personas que presenciaron la Masacre de las Bananeras. Las Prostitutas son muestra de la pobreza y la sumisión del poder que predominaba en el pueblo. Ellas están de parte del Padre, por ser él quien tiene el poder, pero al mismo tiempo se reconoce el sufrimiento de la mujer prostituta que habla con el padre de su hijo en la cantina, quien le pide que no se vaya a la huelga, sufriendo porque el padre de su hijo asistirá.

Las voces de los Huelguistas son la evidencia de la unión de quienes defendían sus derechos y el miedo a perder la vida, pues había quienes presentían lo que iba a suceder. El dirigente que decide abandonar la huelga se puede comparar con Mahecha, un líder importante en los sucesos ocurridos en la Masacre, gracias a que se reconoce como uno de los encargados de liderar la huelga, no obstante, su decisión es abandonar la manifestación tras presentir lo que va a suceder.

En los relatos de los Huelguistas en *La casa grande* se reconoce también a uno que decide abandonar la manifestación porque sabe que “van a echar bala; no es la primera vez que estoy en una cosa de éstas: yo tengo experiencia” (Samudio, 2006, pág. 87), evidenciando también una violencia histórica, puesto que este personaje ya ha participado en huelgas.

En la novela se resalta una característica primordial: los personajes no tienen una identidad individual, son presentados por el rol que desempeñan (Padre, Hermano, Hermana, Madre, Soldado, Maquinistas) dado que no representan una sola identidad, sino un símbolo de sociedad. En líneas generales, se puede afirmar que más allá de ciertos individuos, que le permiten a Cepeda darle cuerpo y vida a los asesinados en la Masacre, el protagonista de la novela es el colectivo, el *ephos*. Además, esto sirve a Cepeda Samudio para exigir una interpretación del lector sobre el desempeño de cada personaje y su rol histórico.

Dentro de la novela sólo se dan a conocer cuatro nombres: el de la muchacha que acompaña al Padre, Regina; el de Carmen, quien informa la llegada de los soldados en la casa grande; el del general Carlos Cortes Vargas; y el secretario Enrique García Isaza. Estos dos últimos se destacan por ser personajes reales del hecho histórico, constatados en documentos oficiales sobre el episodio funesto, además de ser los encargados de hacer oficial la Masacre de las Bananeras. De manera inferencial, se puede afirmar que en esta decisión de orden técnico (mezclar nombres reales con ficcionales), Cepeda Samudio muestra las verdaderas caras de quienes cometieron los actos atroces de la Masacre, una especie de justicia histórica, mientras que los representantes del pueblo se presentan con nombre genérico.

La casa, como construcción arquitectónica, es un símbolo importante dentro de la novela porque permite que la familia siga viva. Como construcción, nunca desaparece y sigue en representación del odio, la crueldad y la Masacre olvidada. Lo contrario de las casas que presentan Héctor Rojas Herazo en *Respirando el verano* y Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*, novelas en las que también se representa la historia de una familia en una casa específica, pero que con el paso del tiempo éstas se desvanecen. Esto, quizás, como certeza de impunidad o literalmente la imposibilidad de asomarse a una explicación fiel de lo sucedido y a una comprensión cabal de lo mismo.

Cepeda Samudio muestra la casa como el constructo de una familia dividida por ideales políticos: un padre imponente que entraña lo patriarcal; una figura poderosa a la que hay que temer, obedecer. Su sangre se debe conservar como muestra del poder y la subordinación que debía seguir imponiéndose en el pueblo. El Padre y el general Cortés Vargas representan un mismo símbolo: el Padre violenta a quien se rebela (Hermana del medio) y el general ataca a los huelguistas. La madre es anónima y su voz nunca está presente en la historia, lo que indica que su opinión o pensamiento no se tenía en cuenta, algo que refiere una marca de época.

La Hermana mayor es la representación del poder que quería perpetuar el Padre en la casa grande. Las hermanas de la casa grande son muestra del terror que representaba el Padre, son obedientes ante sus imposiciones, salvo la hermana del medio que, en ciertos momentos, se revela, como muestra de esto, el parir tres hijos y el incesto con el Hermano.

El Hermano, al contrario de la Hermana del medio, logra diferenciarse porque se forma lejos de la familia. Muestra siempre un odio hacia el Padre y su alianza con los huelguistas es la evidencia de la rebeldía frente a las imposiciones del Padre. Los Hijos, al contrario de las Hermanas y el Hermano, son la muestra evidente de rebeldía porque no quieren continuar llevando la sangre y el odio del Padre.

Existen relatos contruidos dentro de la novela que le permitieron a Cepeda Samudio hacer evidente sus denuncias: el relato de Carmen, en donde se informa que los soldados recién llegados al pueblo son cachacos y no tienen ninguna familiaridad con los huelguistas; el relato de los soldados, en donde se dan a conocer las injusticias cometidas por parte de los militares, quienes se robaban el dinero de la alimentación, por lo que pasaban hambre y frío.

Por otro lado, la organización y las rupturas de tiempo del relato muestran los agobiantes días de la Masacre. La soledad del pueblo, como ejemplo de rechazo a la llegada de los soldados, su unión para asesinar al Padre luego de la Masacre, el sufrimiento de los habitantes de la casa grande, el dolor de las mujeres que perdieron a su marido y los huelguistas a la espera de los soldados, son acontecimientos comparables con los hechos históricos que se encuentran en la novela de forma discontinua, pero reflejan el sufrimiento de los que presenciaron y vivieron la Masacre de las Bananeras, sufrimiento que es olvidado por el Estado al representar a los huelguistas como malhechores y hacer ver que fueron los culpables de la Masacre por desobedecer las órdenes de los militares.

Muchos de los hechos ficticiales que se presentan en el relato de *La casa grande* se constatan con los ocurridos en la historia real y evidencian el trabajo de investigación de Cepeda Samudio para contar ficcionalmente los hechos ocurridos durante la Masacre de las Bananeras.

En el tiempo real de la historia oficial, los hechos anticipados a la Masacre de las Bananeras iniciaron el 13 de noviembre de 1928, cuando llegan al departamento del Magdalena soldados a cargo del general Carlos Cortés Vargas. Lo anterior se identificó con los hechos relatados por Cepeda Samudio en el capítulo “Viernes”, donde se cuenta la llegada de los soldados junto con la búsqueda de los maquinistas por parte de los uniformados. En este mismo capítulo, Cepeda Samudio agrega la visión de un maquinista y su mujer a través de un diálogo entre ellos, revelando la difícil condición por parte del gremio correspondiente a los maquinistas.

Dentro del tiempo real de la historia, tal como sucedió, en los primeros días de diciembre los huelguistas empezaron a trasladarse a Ciénaga, donde se llevó a cabo la Masacre. Esta escena se presenta dentro del relato de *La casa grande* en el capítulo “Los soldados”. En este apartado se describe la forma en que los trabajadores se reunían y se disponían a subirse al tren para dirigirse al centro de la huelga. Esta escena no es descrita por un campesino, sino que, por el contrario, es relatada por un militar, quien muestra asombro por el número de huelguistas que luchan por sus ideales sin entender el porqué.

Según lo establecido por los historiadores referenciados en el capítulo 1 de este trabajo, el 5 de diciembre se declaró el estado de sitio en la región, lo que otorgó a las Fuerzas Armadas

de Colombia la facultad legal y especial de castigar, a través de las armas, a todos los huelguistas. Este documento oficial se ve recogido en el capítulo “El decreto”, en el cual Cepeda Samudio resalta la presentación de todos los huelguistas como cuadrilla de revoltosos malhechores con el fin de resaltar la concepción que tenía el Estado para con los huelguistas.

El documento oficial, establecido por el ministro de Guerra de la época, Ignacio Rengifo, fue leído el 6 de diciembre, alrededor de la 1:20 de la madrugada, en Ciénaga, frente a una multitud de manifestantes que esperaban ansiosos un acuerdo con el Gobierno. Minutos después, los soldados iniciaron la Masacre con disparos a quemarropa contra la multitud. Este hecho de suspenso, minutos antes de la Masacre, lo resalta Cepeda Samudio en el capítulo “Jueves”, donde se agrega el punto de vista de un dirigente huelguista que se encuentra dentro de la multitud y pide ansiosamente abandonar el sitio por seguridad para los trabajadores. De esta forma, Cepeda Samudio resalta los minutos de confusión y ofuscamiento por parte de los huelguistas antes de la matanza, puesto que resulta necesario que el lector entienda que la masacre, vista desde el panorama de los huelguistas, se resaltó injusta.

En el capítulo Viernes, igual que en el anterior, Cepeda Samudio agrega también la visión de un maquinista y su mujer, nuevamente para representar el dolor del gremio de los maquinistas que abandonaron a su familia para unirse a la huelga y exigir sus derechos, revelando la difícil condición por parte del gremio correspondiente a los maquinistas.

Es claro, en este aporte ficcional realizado por el autor barranquillero, que él intenta vivificar el registro histórico dándole voz a una persona individualizada, cuando las notas históricas sólo hablan de una masa, entre la cual es difícil percibir un dolor genuino y auténtico. Los que murieron allí, parece afirmar Cepeda Samudio en el subtexto, fueron seres humanos reales, no una fría estadística. De esta forma, de manera anticipada y premonitoria, Cepeda Samudio se incrusta en las discusiones sociológicas sobre la necesidad de aportar datos concretos y reales a los tantos muertos que los diferentes conflictos en Colombia han permanecido en el olvido.

Según los hechos históricos, horas después de la Masacre, en la plaza, se inició una batalla contra los soldados, con más de 400 huelguistas en Sevilla. Cepeda Samudio agrega estos enfrentamientos en el capítulo “Sábado”, donde se presenta una situación de asalto por parte de un grupo de bandoleros campesinos en la madrugada, además de las órdenes explícitas de proteger las guarniciones de la compañía.

Es claro que los acontecimientos ficcionales presentados en este capítulo evidencian cómo mostró los hechos el Gobierno ante la sociedad. Los acontecimientos no son presentados por la voz de un personaje, sino que se presentan en orden, indicando sólo los sucesos que ocurrieron.

La novela logra, con este capítulo, evidenciar la posición de ambas partes, porque antes de llegar a narrar los acontecimientos expuestos, ya en capítulos anteriores ha presentado los problemas ocurridos con el pueblo, los maquinistas, los soldados, los personajes de la casa grande, las prostitutas... otorgándoles prioridad y reconociéndolos como seres humanos. Se

infiere que Cepeda Samudio le da más relevancia a los hechos que muestran el sufrimiento de los que se vieron afectados por las imposiciones de la compañía bananera, porque siempre son presentados por la voz de algún personaje individual, diálogos o escenas que vivifican el dolor de quienes la vivieron. Por el contrario, los hechos que representan la participación del Gobierno no tienen voz de algún personaje que los represente, excepto el Padre, puesto que su voz sólo interviene en un diálogo que sostiene con Regina. Lo que se conoce de él es por medio de las narraciones de personas del pueblo e integrantes de la casa grande. Esto demuestra que no hubo sufrimiento por parte de ellos y la frialdad con la que fue tratada la Masacre de las Bananeras por parte del Estado.

Días después al 6 de diciembre de 1928, Ciénaga se vio enfrentada a los consejos de juicios en los que se juzgaba a las personas involucradas en la Masacre. Este consejo de sitio se da a conocer en *La casa grande* a través del capítulo “La hermana”, donde se resalta la participación del Padre, quien tiene un papel activo en los consejos de guerra. Estos acontecimientos ficticiales le permitieron a Cepeda Samudio contar los hechos ocurridos después de la Masacre, mostrando que la Masacre no tuvo lugar un solo día y ratificando lo relatado por las personas entrevistadas, por el historiador en el capítulo 1 del presente trabajo, quienes narran que los trabajadores de la empresa bananera siguieron exigiendo sus derechos y hubo varios enfrentamientos entre “cuadrilla de malechores” y los soldados. Con los días del juicio presentados en *La casa grande* se muestra la debilidad por parte de los trabajadores de la empresa bananera, porque allí el relato ficcional afirma que sólo faltó que el Padre los culpara para que fueran juzgados, lo que indica que nunca fueron tenidos en cuenta y se les trató siempre como criminales.

Cepeda Samudio no escribió *La casa grande* como una novela meramente testimonial, conociendo que, de ser así, muy posiblemente no se le agregaría ningún valor denunciativo reconocido. Por el contrario, encontró una forma indirecta de nutrirse de varios testimonios para realizar un gran rompecabezas con diez partes, susceptibles de ser unidas como totalidad no sólo de una historia ficcional sino de la Historia de Colombia por un lector modelo que aprovecharía las rupturas de tiempo, junto con los diversos puntos de vista, para ensamblar y conocer los hechos no esclarecidos de la Masacre de las Bananeras. Agrega, además, una visión panorámica de las problemáticas de la Masacre, abordada desde diversos puntos, lo cual permite identificarse con unos personajes que representan una sociedad dolida.

CONCLUSIONES

En el desarrollo del trabajo, se resaltó la importancia de *La casa grande* como una novela que pone en función el tiempo del relato para presentar la masacre de las bananeras de manera panorámica y desde todos los puntos de vista de una sociedad.

La novela presenta los hechos ficcionales en tiempo y espacios distintos debido a que, como lo confirman las personas que dan testimonio de la Masacre de las Bananeras, no hubo un informe oficial por parte del Estado que diera a conocer realmente como ocurrieron los hechos y hasta el momento existen dudas acerca de lo sucedido. Esta falta de información verídica logra revelar que lo ocurrido en la Masacre de las Bananeras no se puede mostrar en orden cronológico. Por ende, el recurso de la fragmentación de tiempo presenta lo sucedido sobre la masacre brindando la posibilidad al lector de ensamblar y organizar los hechos hasta presentar la situación de manera panorámica.

El trabajo permite afirmar que Cepeda Samudio reconoce que *La casa grande* corresponde a un hecho social colectivo, por tanto, agrega los diversos puntos de vista para comprender la masacre de las bananeras como una situación que ha sido abordado de manera global, sobresaliendo el dolor de sus víctimas a través de personajes, que a pesar de lo ficcional guardan una relación estrecha con los de los hechos reales.

Se contribuye al dialogo académico sobre la novela de Cepeda Samudio, teniendo en cuenta que hasta el momento hay muy pocas investigaciones que aporten al análisis de la obra, arrojando como resultado la importancia de la novela como valor denunciatorio que se

centra en un hecho social oculto por un Estado dispuesto a mantener entre sombras una historia de matanzas, reconociendo los hechos de la masacre no solo como un episodio, como en el caso de *Cien años de soledad*, sino como un dolor social que vale la pena ser retomado y aclarado. La novela colombiana, como lo demuestra *La casa grande* y *Cien años de soledad* han reconstruido el hecho histórico a través de lo ficcional, debido a la falta de documentos oficiales que constaten lo realmente ocurrido.

Por último, cabe aclarar que el trabajo confirma que novela de Cepeda Samudio no solo tiene un valor estético, que es lo que se resalta en la mayoría de los trabajos que se le han hecho hasta el momento, si no, que como es claro, demuestra la influencia del periodismo para denunciar lo en la Masacre de las Bananeras y que la novela cuenta con muy poco reconocimiento dentro del cano, puesto que hasta el momento solo se conocen investigaciones que se han dedicado a resaltar la parte estética y el valor denunciativo se ha olvidado.

BIBLIOGRAFÍA

- Análisis estructural del relato*. (1986). Mexico: PREMIA.
- Arango, C. (1985). *Sobreviviente de las bananeras* . Bogotá: Ecoe.
- Bajtín, M. M., Kriúkova, H.S., & Cazcarra, V. (1991). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus
- Brungardt, M. (1995). La United Fruit Company en Colombia . *Innovar* , 107-118.
- Eco, U. (1987). *Lector in fabula*. Barcelona. Lumen
- Flórez, F. R. (2002). *Literatura Colombiana* . Neiva : Caliche Impresores .
- Genette, G. (1989). *Figuras III* . Barcelona : Lumen .
- Menton, S. (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina* . Mexico: Fondo de Cultura Económica .
- Poveda, F. A. (1994). *Manual de Literatura Colombiana* . Bogotá : educar editores.
- Samudio, A. C. (2006). *La casa grande* . Bogotá : punto de lectura.
- Velásquez, L. A. (1 de Junio de 2011). *Banco de la Republica* . Recuperado el 6 de Junio de 2016, de Banco de la Republica : <http://www.banrepcultural.org>
- Tomashevski, B. (1982). *Teoría de la literatura*. Madrid: Akal .